

COMPAÑEROS DE VIAJE

por
LUIS FAYAD

tm TERCER
MUNDO
EDITORES

Estaban en la cafetería de la Facultad de Derecho Irma Leal y Amadeo, frente a una taza de café. Otros jóvenes compartieron con ellos la misma mesa y se fueron retirando de a pocos, sin darse cuenta del silencio que en medio de las tertulias contiguas quedaba entre los dos. A veces comían juntos, en la cafetería central o en los comedores instalados en el patio de las casas del vecindario o en los puestos de fritanga de la avenida de Eldorado. Ese día no habían podido salir a la calle pues numerosos piquetes de policías sitiaban los alrededores, por si en cualquier momento ellos abandonaban los prados dando voces e iban a obstaculizar con su presencia el tráfico de vehículos. Gritaban vivas a la huelga estudiantil y abajos al gobierno, de modo que la policía los mandaba de vuelta a sus zonas verdes, en las que dispersos por entre árboles y sardineles se elevaban los edificios de las aulas. Eduardo Esguerra fue de los últimos en despedirse esa noche, y uno de los pocos en presumir que la coincidencia de Irma Leal y Amadeo en la misma mesa se debió a que en torno a ella concurrieron los demás condiscípulos. El salió a los prados antes que ellos dos, y aunque no se sentía atraído por averiguar si al rato ellos venían juntos, afuera lo retrasó el encuentro casual con otro compañero, y luego él mismo, por su cuenta, se alejó a paso lento y más adelante miró atrás. No los vio, y cuando iba a continuar sin darle gusto a su curiosidad, la silueta de ellos se reflejó en la puerta. El los identificó sin distinguir sus rostros y le fue imposible imaginar lo que se decían,

si bien no parecían decirse nada. Irma Leal desapareció por la débil luz del alumbrado eléctrico y se dirigió a un salón en que otros jóvenes preparaban nuevos actos para sostener su huelga. Eduardo Esguerra vigiló la retirada de Amadeo y sugestionado por departir alguna vez con él solo, lo siguió durante un trayecto, que en un principio Amadeo hizo a paso normal y luego más corto, pero en la misma dirección, titubeando como si no lo convenciera ésa ni pudiera elegir una distinta. Eduardo Esguerra disminuyó la distancia sin necesidad de apresurarse, y cuando lo tuvo al alcance se desvió, lo dejó seguir de largo y esa noche consignó en su diario su repentina indecisión. Sabía que en cualquier caso no tendría sorpresas, y volvió por los prados, por entre los murmullos de un grupo de estudiantes y los urapanes y alcaparros que a lo lejos se veían como sombras. Más lejos, Amadeo acababa de salir y atravesaba la avenida 30 por entre los automóviles y la luz de mercurio que lo iluminó de lleno. Salió sin la precaución de evitar la calle que daba a la entrada principal, en la que aun a esa hora y aunque el día transcurriera tranquilo, la policía continuaba alerta y alejaba a los transeúntes. Amadeo se acordó del riesgo cuando vio, más adelante, una pareja que venía en dirección contraria. El ya no pudo devolverse. Los policías caminaron con más naturalidad que él, casi como sin ganas, y se detuvieron para verlo pasar. Alcanzaron a darle la oportunidad de avanzar unos pasos y uno de ellos le dijo:

—Oiga, usted —y dejó una pausa después de que Amadeo le obedeciera—. ¿De dónde viene?

Amadeo no tuvo necesidad de reflexionar y contestó:

—De la casa de un amigo.

El policía tampoco tuvo que preparar la próxima pregunta.

—¿De qué amigo?

—De un amigo del colegio.

El policía le examinó la edad.

—¿Y qué hacían? —le preguntó sonriendo, sin intención de creerle.

—Estábamos estudiando.

—¿Y por qué viene de ese lado?

—Por allí vive mi amigo.

Los dos policías se consultaron con la mirada y uno recurrió a una pista de rutina.

—Muéstrenos las manos —le dijo a Amadeo. El tendió las palmas simulando desconocer el propósito. Los policías trataron de encontrar el rastro de las piedras y los guijarros que los estudiantes lanzaban contra la tropa de uniformados. Nada delató a Amadeo aunque ese día existía motivo, y uno de los policías no quiso ceder en su astucia y achicó los ojos para escrutarlo por debajo de los párpados.

—Y si estaban estudiando —le dijo—, ¿por qué no lleva libros?

La pregunta causó en un principio el azoramiento que se esperaba.

—Mi amigo los tiene en su casa —contestó Amadeo. El policía no le apartó la vista, recelosa todavía, y lo midió más y pareció murmurar: “pendejón”. Y aún lo contempló otro rato pero no encontró nada más para decirle. Entretanto Amadeo tuvo tiempo de abstraerse en algo, en lo mismo que le despistó el trayecto desde los prados, y el policía lo vio más desentendido y le dijo:

—Todo lo que usted nos cuenta no nos sirve para nada, y además ellos llevan libros aunque estén en paro —y continuó manteniéndolo bajo su mirada. Otra vez pareció murmurar: “pendejón”, y tras un silencio le dijo—: váyase corriendo y ojalá no volvamos a verlo por aquí.

Amadeo esperó a que le abrieran paso y oyó las voces a sus espaldas:

—Deberíamos darle palo por andar por estos lados.

Por un instante Amadeo no recordó cuál era su

rumbo. Ultimamente no regresaba tan pronto a la casa y antes de seguir adelante debió dominar el impulso de dirigirse al lado opuesto. Eugenia, su madre, no le esperaba todavía y al escuchar la puerta creyó, asustada, que era un desconocido. Luego se alegró de tenerlo a esa hora con ella, y además le dijo:

—Hoy podremos comer los tres juntos, ya verás a tu papá —pero de nuevo pensó en ella misma y en el alivio de no imaginarse a su hijo en algún peligro. Jaime Lucerna regresó del trabajo y al oír la música que llegaba del cuarto de Amadeo, creyó que se había equivocado de tiempo y se dijo: “¿qué habrá pasado?” El saludo de bienvenida que de lejos le enviaba Eugenia mientras preparaba la mesa en compañía de Lucila, lo libró de sobresaltos pero no de la intriga, y luego de colgar el abrigo y el sombrero y dejar en una silla el periódico por si alguien deseaba echarle una hojeada, atravesó el corredor buscando en su imaginación y se acercó a su esposa. Aún dudaba cuando le preguntó:

—¿Qué se oye allá arriba?

Ella no contestó porque se oía claro. El volumen del radio disminuyó luego, con las voces del comedor. La mesa estaba lista y Lucila se había retirado a preparar la última bandeja en la cocina, pero Jaime Lucerna aguardó, por si le llegaba un saludo desde la segunda planta.

—Voy a llamar a Amadeo —dijo Eugenia y sin perder el ánimo fue al lado de las escaleras—: Amadeo, aquí estamos todos.

La voz subió al cuarto y le interrumpió la lectura y también las reflexiones, que a su vez le interrumpían la lectura. No tenía nada que reprochar, ya que entre él e Irma Leal existía sólo el compañerismo de los discípulos de curso. Sin embargo, en medio de la lectura y de la música que ya no escuchaba, alcanzó a acordarse de María Costanza y de los meses pasados, por más de que no fuera posible relacionarlos.

En ese momento lo distrajo la llegada de Jaime Lucerna y enseguida la voz de Eugenia que lo hizo salir del cuarto y descender las escaleras.

—Ahora sí —dijo ella como si los demás esperaran el encuentro, y fue la primera en sentarse. Luego no asomó motivo para que Jaime Lucerna añorara situaciones pasadas ni ocasión para que Amadeo pareciera ausente por algo que ella no conocía. Pero podía suponerlo, al igual que Lucila cuando lo vio llegar a la casa. Por su parte Jaime Lucerna, en días distintos, mostraría todo su interés y le preguntaría cuántas leyes de la Constitución aprendió ese día y si se fue a pie o en bus a la ciudad universitaria, pero lo calló por temor a una charla que en ese momento no sería apreciada. En su lugar se oyó más de continuo la voz de Eugenia, quien en determinado momento dijo:

—Cómo pasa el tiempo.

Quería contar, con sorpresa, que la había llamado por teléfono la señora Rosita.

—Y nos pusimos a hablar de que hace cinco años no nos vemos. ¿Te acuerdas de ella? —le preguntó a Amadeo—. Le conté que ya empezaste la carrera y exclamó lo mismo, cómo pasa el tiempo.

Lucila volvió al comedor y Eugenia la recibió como si aguardara su entrada.

—La señora Rosita preguntó por ti —le dijo—. ¿Te acuerdas de ella?

Lucila dejó en medio de la mesa las fuentes que humeaban en sus manos y se quedó pensativa.

—La señora Rosita —murmuró—, yo creí que ya nos habíamos olvidado de ella —y fue y volvió de la cocina con otra bandeja—. Todavía me acuerdo de su abrigo verde y de que casi no podía caminar.

—Y de sus bufandas de seda —añadió Eugenia. Lucila sonrió, de nuevo quedó pensativa y se retiró a la cocina. Preparó los platos del postre de gelatina y los vasos de leche, y en tanto, con un ya viejo desdén,